

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 750 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

LUNES 11 DE AGOSTO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

JUEGOS FLORALES EN CARTAGENA

DISCURSO DE UNAMUNO

(Conclusión)

La más acabada versión del espíritu evangélico á letra española la tenemos en aquellos jugosos pasajes del mas privativo de nuestros genios, de Calderón, en aquellos versos de la obra hermanada del «Quijote» «La vida es sueño».

Sofemos, alma, sofemos otra vez, pero ha de ser con atención y consejo de que hemos de despertar deste gusto al mejor tiempo.

Dame los brazos

¿Qué dices?

Que estoy soñando y que quiero obrar bien, pues no se pierde el hacer bien, ni aun en sueños.

¡Divinas sentencias! con las que sólo es poneder en parangón, como revelador de nuestra religiosidad española, el Cristo de Velazquez, soñando la muerte.

Sentido religioso es el que lleva á buena parte de nuestro pueblo cuando á la conquista del pan despierta, no á abrazar de preferencia el socialismo, que es una escuela económica llevada á partido político ó la inversa, sino á hacerse anarquista, porque el anarquismo es ante todo y sobre todo religión, religión atea y de aqueñe la tumba si se quiere, pero religión al fin, en que se entra por fé y no por raciocinio, religión con mártires é inquisidores, con enueños milenarios y locuras apocalípticas, hasta con culto; es la religión que diviniza al hombre como el cristianismo humaniza á Dios. Apenas le han dejado á su alcance otra; es más, ensáyase enseñarle á odiar lo que bajo una balumba tan quitadiza como postiza es, la sazón la recatada vida del corazón.

Abismáticos sentires arraigan en la escondida religión del pueblo y como la religión fué y sigue siendo para el manantial de vida, en ella fué á buscar el nuestro nacimiento de unidad. Sintiendo cada individuo encastillado en lo que un inglés, D. Martin Hume, llama la *individualidad introspectiva* del español; sentía á la vez la necesidad de de fuerte liga social; el peso anarquista yedía á gritos costra autoritaria. Las tribus que atravesaban el desierto han menester de un caudillo de recia mano; los borregos de por sí se juntan, por natural rebaño. Ya de antiguo se distinguieron los hispanos á la vez que por su indisciplina, por su apego al castice, extremado el punto de la costumbre dicha del agermanamiento nuestra. Buscose, pues, unidad y se buscó en la religión. La desgracia fué que no fuese sobre un credo amplio y sobrio, austero y sencillo, algo así como en un islam cristiano, bajo un concepto y mejor que concepto sentimiento de la Divinidad máyuscula, que por su poca comprensión y mucha sencillez le permitiera una extensión vasta, bajo el Dios insondable y cordial de los abismos de los cielos, de las tierras y de los espíritus, que así impuso unidad el musulman y fué, sin embargo, tolerante con las creencias. En vez del «acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada» para decirlo con decir del tan nuestro San Juan de la Cruz, nos dió el latino un tegido de dogmas, fórmulas, rúbricas, y prescripciones, muy lejano de la libertad y de la sencillez evangélicas, una trama codificada en que el espíritu se ahogaba.

Y, así, concluida la Reconquista, acabó de romanizarnos la invasión cluniacense, se desterró á judíos y moriscos, no en nombre de Dios, que no era común, sino en nombre de una teología peor ó mejor interpretada y encubridora de bajas pasiones y la Inquisición brotó al cabo. Y este poder tétrico, surgido de una tan natural cuanto nativa raíz, ahogó al alma misma que le diera comienzo.

Contra él se rompe la marea de re-

novación íntima; sucumbió el espíritu bajo la letra en que encarnara. Dos veces nos ha vencido Roma.

Y aún aguarda nuestro pueblo para revivir á vida nueva su Reforma, reforma de simplificación, una reforma indígena, popular y láica, y no de remedio ni de sacristía tampoco, pero reforma religiosa al fin y al cabo, pues mediante reformas tales han cobrado otros pueblos la entera conciencia de su propio y primitivo espíritu, se han conquistado á sí mismos, desesclavizándose del extranjero.

Cuanto más tarde en acabar de españolizarse el cristianismo más tardará en acabar de civilizarse, es decir, de cristianizarse nuestra España. Y esto no hay que ir á buscarlo fuera sino dentro de la religión misma que los romanos nos dieron, bajo el chapeado de sus pegotes, en su ganga. En las entrañas de nuestro catolicismo latino, si es que en alguna parte vive el cristianismo español. De ellas empezaron á entresacarlo nuestros místicos, delanteros de una reforma que no llegó á cuajar. Hemos de nutrirnos de ciencia la cabeza y de piedad el corazón, hermanando la investigación libre con libre sumisión al deber y al sacrificio. Todo esto que rebulle en el riñón de nuestra alma colectiva hay que ir á buscarlo y recogerlo.

Mas como? Lo sé por mí mismo. Descubro mis viejos espirituales comulgando con mis prógimos, cada nuevo amigo que gana anima un escondrijo hasta entonces inanimado, de mi espíritu, y no tanto por lo que de sí me dan cuanto por lo que de mí mismo me devuelven, me son los amigos valederos y así como los pueblos. Cuanto más nos abramos á las corrientes de fuera, así más avivaremos los manantiales de dentro, pero ha de ser á las corrientes todas, sin dañosos deslindes. Se me ha dicho alguna vez que germanizo ó anglo-sajonizo; es conveniente donde so capa de una latinidad, en gran parte ilusoria afrancesan ó italianizan los más. Menester es contrarrestarlos. Además, amor con amor se paga, y nuestras más propias peculiaridades se entienden y estiman mejor en los países que de vulgo ilustrados se supone sernos más extraños. Hay quienes no toman ni alaban de nosotros sino lo que nosotros de ellos recibíramos; recojen lo suyo ataviado con ornato exótico, con lentejuelas, flecos y alamares españoles. Celebran la España pintoresca ó la sombría, la de bolero ó la de auto de fé, y nos creen revolcándonos entre voluptuosidad y sangre. Debemos abrimos á la estrella de los vientos, que se neutralicen todos ellos, sin amarrarnos á tales ó cuales influencias exclusivas.

Se nos ha dicho y repetido—y yo lo he dicho y repetido por mi parte—que debemos europeizarnos. Me desdigo; europeizarnos no, que Europa nos es po, ueña, universalizarnos más bien, y para ello españolizarnos aún más. Cada día ahonda y se enraiza en mí más la convicción de que el hombre universal y eterno hay que ir á sacarlo del seno del hombre local y pasajero, que cuanto más de su temporada y más de su pagose es uno más de los tiempos y de los países todos, que no por vía de remoción y exclusión de diferencias, sino por inclusión y fusión de ellas es como se llegará al hombre común. A la hermandad celeste que nos una y abarca á todos hemos de llegar á través de los abismos terrenales de nuestro ser. Y vele ahí por que la patria es hoy por hoy el único ideal concreto en que quapa tomen carne los ideales económicos religiosos y de cultura, siempre más abstractos que ella; la patria es el cuajadero de los ideales humanos todos. Y aquí el culto á la patria; cuando por acaso existe, viene á ser ó supersticioso ó fanático. No se lo rendimos, tal cual es debido, á sus santos; y si nó comparad el que se dá á Shakespeare en Inglaterra ó á Goethe en Alemania, con

lo que aquí le pasa al bueno de Cervantes, cuya obra perduradora. La Biblia Nacional, debería ser nuestro breviario patriótico y materia de meditación frecuente. Un americano de cepa española el uruguayo Vin y Frías, nos muestra el camino en su proyecto de una *Sociedad Cervantes*.

Y lleve el alma española gran ventaja para complejizarse, y es la variedad interna del cuerpo en que habita, de la Península Ibérica, rica en contrastes de clima y de terreno. Y aún añadid la América española. Estos mismos certámenes que de algún tiempo á esta parte menudean en España toda, al ser esfuerzos por descentrar y aun descentralizar la cultura española, nos llevan á lo mismo que cuadrando á esta ocasión, os predico. La vida misma nos aprontará entronque y soldadura de los diversos intereses y sentimientos regionales soldadura que nos lleve á cobrar conciencia común y esta á justificar nuestra existencia como noción sustantiva.

Hemos, pues, de españolizarnos aún más, entresijándonos la cultura latina, haciéndola nuestra, mas sin hacer por ello latino nuestro espíritu. Usemos de ese precioso apero que á los romanos debemos para desgobiarlos de él y de ellos, echémos mano como á un arado á esa cultura que en mucha y buena parte llevamos á cuestas como un arreo. Así se nos gozará ella.

Reconocidos hemos de quedar para siempre á Roma. Aquí mismo empezásteis por beneficiar en vuestra micera los grandes escollos romanos pasar más tarde á los nativos criaderos. Y esto debe enseñarnos á socabar los yacimientos de esa cultura, en busca de nuevos filones espirituales en la roca eruptiva del alma popular. Lo cual exige procedimientos de explotación más complicados, y son estos procedimientos lo que hemos de ir á aprender fuera, á aprender como se afiora y beneficia las propias riquezas y no á traer, ya acuchadas, las ajenas.

Tal vez yaza nuestro lejano porvenir en nuestro remoto pasado; en lo pasado no, en lo eterno, en lo antehistórico, que es lo sotahistórico. Dejáme soñar que acaso nos aguarde la ventura por debajo de la historia y de la tradición puramente histórica, por ende de la tradición de los que á sí mismo se dicen tradicionalistas, de esa tradición amasada no con las madres sino con las borras del espíritu patrio, tornada no por sus canteras sino por sus escombros, de esa tradición que no es criadero sino escorial, y que en el Escorial del tercero de los Austrias tiene su monumento.

Acudamos á lo eterno que es la fama vividora donde ni duermen las dichas ni las grandezas reposan.

que decia el Segismundo Calderoniano.

¿No habrá recurso de sacar á luz y airo los yacimientos de nuestros sótanos espirituales, nuestros redafios ibéricos, berberiscos tal vez, para prearlos y solearlos así? Los defectos mismos, y mejor que defectos excesos de nuestra raza, pueden servirnos de sillares de fortaleza, acertando á tallarlos á nuestro corte. Os motejan de moros quienes pudieran serlo sean más que vosotros. Moros? y por qué no? Los llamados bárbaros del Norte remozaron al desmayado imperio romano ¿quién sabe si curarán ellos á los pueblos codiciosos y ahitos de la vida que pasa? Hablaron de pueblos moribundos los soberbios que creen deber á su mérito y valimiento las gracias del Destino, que hoy acorre á éste y luego á aquél según el viento de lo eterno sopla. El hombre propone y Dios dispone, reza un viejo refrán español, lo que quiere decir que nadie escapa al todo poderío del Destino.

Quizá lo que nos hace menos acomodizos á la clase de civilización que hoy en día priva en el mundo, nos haga mañana eso mismo más aptos para

una venidera; mientras otros corren desalados á la caza de la tornadiza Fortuna, pudiera muy bien ser y fuese lo más cuerdo esperarla á la puerta de casa, cara á Levante, á que venga á visitarnos. Y esperarla poniendo oído á todo rumor y vista á todo balto que cruce el campo, abriendo el pecho á toda brisa, dando con el mazo, si pero, sin olvidarnos de rogar con ruego activo del corazón, pagando.—Quijotes de retorno á la aldea natal y Segismundo, de vuelta á la cueva—pagando los pecados de altanería y de presunción de cuando, grandes en la historia nos creímos ministros privilegiados de la Providencia, purgándonos de las escurrajas de seculares resabios.

Vosotros que zahondais en las entrañas del suelo patrio de la Isla de Tesoro, escarnándolas para repartir sus riquezas entre los pueblos todos, confiándolos al mar por donde recibis al mundo; vosotros que teneis en Vicente Medina á un poeta que avizora en los repliegues y recovecos de vuestra alma popular para descubrirle la vena de los sentires, sacárselos y regalarlos luego convertidos en cantares á otros pueblos hermanos; vosotros los hijos de esta ciudad tan estrañablemente española como de veras universal, de esta ciudad que recibió á los africanos de Cartago y de donde para la conquista de Africa zarpó Cisneros, vosotros estais singularmente preparados á la labor que á todos nos toca llevar á buen cabo.

Estais derribando las murallas con que os cifera, tras larga brega para conseguirlo, deshaciendo la obra guerrera que inició Asdrubal en vosotros, quebrantando el sello militar para haceros del todo mercaderes. El mar os llevó al Nuevo Mundo, y si los cartagineses dieron á vuestra ciudad nombre, vosotros los cartageneros se lo disteis á otra ciudad, aunque joven, ya de profundos anales, á Cartagena de Indias en el Mediterráneo americano, en el mar de las Antillas, á Cartagena de indias, principal testigo de las azarosas empresas de Simón Bolívar, el héroe de abolengo español, el emancipador de la América española. Y al emanciparla de nuestro torpe gobierno de entonces, lo salvó el alma española, al partir cuerpos mal unidos á tan luegas distancias, preparó la más acabada comunión de las almas. Con nuestras raíces tenemos que buscar, buceando en nuestras honduras, las raíces de los pueblos hispano-americanos, que son las nuestras. Allí se reproduce nuestra historia, allí, al toque en el desierto, rebrotan nuestros más peculiares cantos, con sus tonadas, sus cadencias, su dejo todo. Los esfuerzos de los que se empeñan allí en cosmopolitizar, ó sea en latinizar y más bien afrancesar á sus pueblos, rebotan en la peña viva del alma popular, y como nosotros, han de hallar la universalización que persiguen socavando en las profundidades de su propio ser.

De lamentar es que haya escritores de habla castellana que se estropeen el espíritu adrede para poder pordiosear elogios tan desdeñosos como corteses de la ensimismada crítica parisiense. Mas no todos se desarraigan así de la otra banda del océano, sino que los hay también y en muy buena porción, que se buscan y buscan originalidad ahondando en su propio pueblo. Hermanos con ellos, vosotros los que buskais el corazón de vuestro espíritu rompiendo ligaduras.

Estáis rompiendo las murallas hazaña simbólica y abriéndolos á la rosa de los vientos! Y con el esfuerzo por ensanchar el cuerpo de vuestra ciudad os esforzáis por ensancharla de alma, mandando al extranjero, sin regateo ni tasa, á los maestros de vuestros hijos á que os traigan fresca levadura y contribuyan así á derrocar las murallas espirituales que separan la antigua España, la murada en cincho de barroqueña tradición histórica, de la que en torno de

ella, pero sobre la misma común roca de sustento ha ido asentándose.

Me recuerda este pueblo á mi pueblo. Bilbao, mercantil y minero también, aquél en el Atlántico, éste en el Mediterráneo, en el Mediterráneo que al abrirse el istmo de Saúz dejó de ser el *mare nostrum* europeo. Y lo que dije á mis paisanos os lo digo hoy: la riqueza sin arte es barbarie. Sólo vale la riqueza en cuanto promoviendo cultura, librándonos de la pesadilla del diario sustento y haciendo que el perentorio mañana no nos tape el perdurable ahora, nos permite apartar los ojos de la nodriza tierra, desligarnos de ella y volverlos hacia dentro, al cielo, al cielo espejado en los abismos de la propia conciencia.

Sé que de la cultura os euidáis, que rendis culto al porvenir encarnado en los niños, que queréis que las tumbas cedan lugar á las cunas, sé que la educación de vuestros hijos es vuestro mayor quebradero de cabeza y que esta ciudad vá á la delantera de la vanguardia en la regeneración educativa de España, sé que hacéis de la escuela templo, único camino para que llegue á ser el templo verdadera escuela, escuela de libertad, de sinceridad, de verdad, de sencillez y de tolerancia cristianas.

Otorgadme para finalizar un desahogo. Juzgo de mi España por mí mismo. Mi apego á la propia individualidad va cambiando en ansión de personalidad inacabable sobre la roca incommovible de mi alma, que es la roca misma de vuestras armas todas, sucedense invasiones de ideas que se disputan mi campo, luchan y se encrespan y enardecen unas contra otras, dejando rastros de sí cada tropa de ellas y en este torbellino que no para no sé cuando ni donde he de descansar ni mi corazón ni mi cabeza; no lo espero hasta que hermanos no me hayan acostado para siempre en tierra española, nuestra cuna viva y avivadora. Peleo sin descanso, peleo por descubrir en mí al hombre universal y eterno, y en esta pelea siento españolizarme cuando de menos castizo español se me tilda. Bajo esta mi polvareda íntima, en que se me borra el recinto de mi propia conciencia, fragua mi religión y sueño que mi patria está en silencio y á oscuras fraguándose la suya.

Y ahora, permitídomme este desahogo, forzoso me es concluir. Me habéis abierto vuestras puertas, las puertas de mi corazón os abro; en él llevaré en adelante á Cartagena.

Y vosotras que más ligadas á tierra, refeneis mejor su espíritu, habreis de ser las mas fieles guardadoras del alma patria. Cogidos á manos de mujer aprendimos á dar los primeros pasos en nuestro suelo, cogidos á mano de mujer entramos en la vida del trabajo y la familia. Pura fantasía es este efímero reinado en fiesta, pura fantasía si no es símbolo del reinado permanente en el hogar. Aquí sólo se reina, allí se gobierna además. Si se atrae con la hermosura de cara y porte, sólo se retiene con la hermosura de corazón. Dispensadme si no sé echar otras flores, de las que acaso se ajan sin dar fruto. Tarea de empeño se abre hoy á las madres españolas, y las que habéis de serlo algún día tan sólo pensaréis en fiestas para reponeros en ellas de la pesadumbre de más graves cuidados. Regocijáos, jugad y reid ahora entrojando alegría para mañana; del caudal de goces que alleguéis en vuestra perfumada juventud, sacaréis mañana en vuestra fugosa madurez, consuelos con que refrescar en la lucha á los hombres á quienes acompañéis de la mano, consuelos con que les confortéis al enjugarlos el sudor de la pelea. Decídselo así, señora á vuestras paisanas.